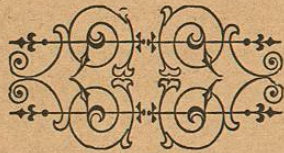


Tenía en el corazón una de esas heridas que jamás se cierran en las grandes almas. Y no obstante, de esta desgracia nacerá una vida nueva para su alma desolada. «Sacará de este amargo dolor, que sintió con exceso—dice Bussy-Rabutin (1),—pero que sufrió heroicamente, una fortaleza incomparable, luces y ardores divinos, con un total desasimio de las criaturas, y, por último, esa muerte á sí misma y ese entero abandono á Dios, que en sus manos divinas fueron instrumento para tantas y tan grandes cosas.

(1) *Vida compendiada*, cap. II.



## CAPÍTULO IV

Primer año de viudez. La señora de Chantal, deseando entregarse totalmente á Dios, busca al efecto un director.

1601-1602

LA señora de Chantal quedó, pues, viuda á los veintiocho años. Después de haber tenido la rara felicidad de encontrar un esposo digno de ella, había sido arrancado de sus brazos por un horrible accidente. De los seis hijos con que en ocho años había Dios bendecido su santo matrimonio, dos habían muerto en la cuna; la quedaban cuatro, un hijo de cinco años y tres hijas aún más pequeñas, sobre todo la última, que aún no tenía tres semanas. El dolor de la viuda se aumentaba con las inquietudes de la madre. Lo presente la affigia por su soledad, lo porvenir la espantaba por la responsabilidad. Estos son los grandes dolores de la vida que no se pueden comparar con nada, y para los que son impotentes todos los consuelos humanos. Dios, que conoce lo que vale un alma, es el único que puede imponerla tan pesada carga, y el solo que puede ayudarla á soportar. Él mismo enjuga sus lágrimas dolorosas y cicatriza tan profundas heridas.

La señora de Chantal no tardó en conocerlo. Consuelos desconocidos á las almas que no han sufrido se

mezclaron de repente á sus amargos dolores. Unas luces clarísimas llenaron su espíritu, y sintió vivísimos deseos de dejarlo todo, pues que todo se marchitaba y quebraba tan pronto para consagrarse totalmente á Dios. «Las inspiraciones que recibía de Nuestro Señor—dice la Santa—eran tan fuertes, que hubiera querido dejarlo todo é irme á un desierto para servir á Dios más entera y perfectamente fuera de todos los obstáculos sensibles, y creo que si no me hubiesen atado los cuatro hijos pequeños que tengo, me hubiera ido, desconocida y oculta, á la Tierra Santa para acabar allí mis días» (1).

Pero esta viva luz no duraba siempre. Desde las alturas adonde la fe la transportaba, la señora de Chantal caía á menudo en las tinieblas y desolaciones de su viudez. ¿Por qué la había arrebatado el Señor tan querido esposo? ¿Por qué había roto una unión que, lejos de alejarla del cielo, la aproximaba más á él? ¿Por qué, sobre todo, dejar huérfanos á estos cuatro hijos que tanta necesidad tenían de tan buen padre? La señora de Chantal traslucía que en golpe tan fuerte y raro debía ocultarse algún designio grande de Dios; pero no hacía más que entreverlo, y estas medias luces eran demasiado cortas para consolarla siempre entre las tristezas y abatimiento de su posición. Así fluctuaba entre el dolor y la alegría (2). Tan pronto, recogida y más tranquila—decía,—á Dios con una inefable paz: «Todo lo que hacéis, Dios mío, lo hacéis por misericordia»; y un instante después sus ojos se llenaban de lágrimas y volvía á empezar con esos eternos *porqués* del dolor para los cuales no hay respuesta en este mundo. De esta mezcla de luz y tinieblas nacía una situación de alma imposible de explicar. La Santa misma

(1) Archivos de Annecy. *Memorias* escritas por Santa Juana Francisca sobre su propia vida; cuaderno en 4.º de 20 págs.

(2) Bussy-Rabutin, *Vida compendiada*, cap. II.

dejó dicho que no hubiera podido imaginar que fuese posible sufrir tanto y ser al mismo tiempo tan feliz (1).

Sin embargo, la señora de Chantal no estaba ociosa durante estas interiores desolaciones; no se lo permitía su fe ni la energía de su carácter. Apenas se repuso de ese primer estupor en que se cae después de golpes tan fulminantes, recordó las piadosas conversaciones de su esposo durante su última enfermedad, y conmovida con este recuerdo, queriendo conservarle la mayor fidelidad y dar á Dios todo su amor, hizo voto de perpetua castidad. Además, después de este voto repartió entre los pobres los vestidos del señor de Chantal y los suyos propios, los mismos que habían llevado en los días de su unión en la tierra. No conservó ni aun los adornos que la regalaron en la época de su casamiento, y los dió á las iglesias, no queriendo—decía,—más ropa nupcial que la que es preciso llevar para las bodas del Cordero. En esta época hizo también el voto de emplear sus manos en trabajar para las iglesias y los pobres, porque le parecía que estas dos cosas eran un santo y doble modo de vestir á Jesucristo. Redujo el tren de su casa y despidió parte de sus criados después de haberlos recompensado con largueza. Arregló también el modo de pasar el día, y el tiempo que por complacer á su esposo gastaba en la caza, en el juego y las visitas resolvió emplearlo de allí en adelante en la oración y lectura, visitando con más frecuencia á los pobres y enfermos, y dedicándose, sobre todo, á la educación de sus hijos.

Para llevar á cabo una vida tan enteramente consagrada á Dios, conoció la señora de Chantal que necesitaba un director que pudiese guiarla por los senderos difíciles de la piedad, en medio del mundo. Por otra parte,

(1) Archivo de Annecy, *Memorias* escritas por Santa Juana Francisca.—Bussy-Rabutin, *Vida compendiada*, cap. II.

su oración, fervorosa hasta entonces, pero siempre sencilla, iba elevándose; sentía una unión tan íntima con Dios, que se sorprendía; y en momentos dados, era llevada á regiones superiores que no conocía. Visiones milagrosas se mezclaban con ardientes afectos de su alma hacia Dios, y alarmaron su espíritu, comprendiendo le era imposible adelantar un paso en estos caminos desconocidos sin encontrar un guía experimentado, un director, que empezó á desear con ardor.

En la señora de Chantal los deseos eran tan impetuosos como su carácter, y así, el de tener un director no la dejó un instante de reposo. «¡Ay!—decía después,—yo deseaba un director, y pedía lo que no conocía; porque aunque me habían educado personas virtuosas, jamás había oído hablar de director, maestro espiritual, ni nada que se le pareciese. Pero Dios puso este deseo tan en lo íntimo de mi corazón, y era tan fuerte la inspiración de pedirle un director, que yo se lo rogaba con una vehemencia tan profunda, que me parecía sin igual. «Yo hablaba á Dios—dice—como si le viese con mis propios ojos; y la fe y mis vehementes deseos de ser escuchada me llenaban de la dulce esperanza de ser oída.» Y después añade estas palabras que pintan su carácter: «Yo me iba á pasear sola, y como en un transporte decía en voz alta á Dios: Señor, yo os ruego, por la verdad y fidelidad de vuestras promesas, me concedáis, para dirigirme espiritualmente, un hombre que sea verdaderamente santo y siervo vuestro, que me haga conocer vuestra voluntad y lo que deseáis de mí, y os prometo y juro en vuestra presencia hacer cuanto me diga de parte vuestra. En fin, todo lo que un corazón herido de dolor y obligado por ardientes deseos puede inventar, todo le decía yo á Nuestro Señor para inclinarse á que accediese á mi súplica.» (1)

(1) *Memorias* escritas por Santa Juana Francisca, manuscrito en 4.º; Archivos de Annecy.

No contenta con pedirlo por sí sola, hacia que los pobres, las viudas, los huérfanos y los niños, en una palabra, todos los afligidos y los inocentes pidiesen la gracia que deseaba, y repartía muchas limosnas con esta intención. Algunos de mis lectores se admirarán de que una persona como la señora de Chantal, cuya piedad era tan grande, y que había sido honrada con milagros, no hubiese encontrado al instante director; pero es preciso saber que hay una inmensa diferencia entre un confesor y un director. El primero recibe la confesión del penitente, le absuelve de sus culpas y le da los consejos que necesita para que su alma se purifique; á esto se reduce su misión; pero la del director es mucho más elevada, y esta es la razón por qué en todas partes se encuentran confesores, multiplicándolos Dios en su bondad infinita, porque todas las almas los necesitan; pero no sucede lo mismo con los directores, que es preciso arrancarle.

Cuando en una ciudad, ó aunque sea en una aldea, cierto número de almas á quienes llama Dios á una excelente virtud ó á quienes destina á grandes obras de su gloria, han rogado y llorado mucho tiempo pidiendo un director, se compadece el Señor, mira su aflicción y de esta mirada de amor nace un director: es una creación aparte.

Los directores salen del corazón de Dios, como los grandes Doctores ó los grandes Pontífices por una extraordinaria efusión de su amor á la Iglesia. Su gloria es, en verdad, más secreta, y sólo á los ángeles regocija. Ocultos en la obscuridad de un confesonario, desconocidos del mundo, incapaces á veces de manejar una pluma ó de pronunciar un discurso, hacen poco ruido. Se oye su voz como la de un pequeño soplo (1), pero este

(1) Job, IV, 16. «He oído la voz de Dios—dice Job,—como un pequeño soplo.»

soplo tan pequeño tiene á veces más poder, y siembra más virtudes que la voz de los mayores oradores. ¡Oh triunfo de la humildad y de la gracia! No llaman á nadie, y se corre á buscarlo. No sé qué luz divina revela á las almas lo que encierra aquel obscuro confesonario, porque de todas partes acuden, abren sus conciencias, y encantadas de verse tan pronto comprendidas, tan completamente consoladas y tan sabiamente guiadas, exclaman gozosas: ¡Oh, y cómo manifiesta Dios su amor á las almas, dándolas directores santos!

«¡Felices los que los encuentran!—dice Fenelón.— Que lo agradezcan y se aprovechen. ¡Almas rectas! á vosotras os le dará Dios, concediéndolo á vuestros ruegos. Dios los formará expresamente para los designios que sobre vosotras tiene.» (1)

Tal vez nunca formó Dios directores más eminentes y santos que los que florecieron en los siglos XVI y XVII, porque en ningún tiempo hubo más necesidad de grandes remedios; y en efecto, jamás se vió, en medio de tan espantosa tormenta, aparecertantas almas santas, obras tan poderosas, y una regeneración tan brillante y tan extendida al mismo tiempo. Casi todos los hombres grandes de aquella época, sacerdotes, religiosos, Pontífices, fueron consumados directores. San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl, el P. de Condren y el Sr. Olier, el Cardenal de Berulle y el Sr. Andrés Duval, el bienaventurado Pedro Fourrier y San Francisco de Regis. Dios les multiplicaba, y aún no bastaban.

«¡Oh Dios mío!—exclama Fenelón;—si fuerapossible que yo me atreviese á quejarme de vos, lo único de que os acusaría es de no dar bastantes directores á vuestra Iglesia.»

Bien sabía este grande Obispo que para salvar al

---

(1) Carta sobre la dirección.

mundo, sobre todo en ciertos momentos de crisis, para arrancarle del mal y volverle á Dios, no bastaban ni las fatigas del Apóstol, ni las ciencias de los Doctores, ni las lágrimas de los penitentes, ni los gemidos de las vírgenes. A todo esto ha sido menester juntar siempre la humilde y profunda acción de los santos directores. Ellos son los que han formado en todos tiempos, en el secreto del confesonario, las grandes almas que debían regenerar al mundo.

La señora de Chantal estaba llamada á muy altas virtudes y á un papel muy importante en la Iglesia, para que no le hubiese preparado Dios un director. Le reservaba uno, en efecto, y de primer orden; sólo que así como Santa Teresa, antes de encontrar á San Pedro Alcántara, había buscado inútilmente durante dieciocho años lo que tan oportunamente llama un «maestro espiritual,» la señora de Chantal debía comprar también, con muchos años de espera, deseos y pruebas, la felicidad de ser dirigida por San Francisco de Sales.

Tuvo, no obstante, en esta época, una como vista anticipada del guía que la estaba preparado. Una mañana, estando en Bourbilly, iba á caballo por el campo, rogando á nuestro Señor la hiciese conocer al que debía dirigirla, porque este pensamiento no se apartaba de su imaginación. Pasaba por un camino ancho, á la orilla de un bosque, cuando de repente divisó en la falda de un montecillo, y á poca distancia, un hombre cuyas facciones no había visto nunca, y que parecía un Obispo.

Llevaba una sotana negra, un roquete, y bonete en la cabeza; su figura era angélica y casi celestial. Mientras la señora de Chantal le miraba atentamente, oyó una voz que la dijo: «Este es el guía, amado de Dios y de los hombres, en cuyas manos descansará tu conciencia.» En vano trató de conocer quién podía ser aquel santo personaje; no le había visto en ninguna parte;

pero sintió una grande alegría y la seguridad de encontrarle muy pronto (1).

Casi al mismo tiempo, estando en oración San Francisco de Sales en la capilla del castillo de Sales, fué arrebatado en éxtasis, y vió una joven viuda cuyo nombre ignoraba, y á quien jamás había visto. No sabía lo que esta visión significaba, cuando en un momento se levantó el velo del porvenir, y vislumbró la cuna de una Congregación religiosa, de quien sería Madre esta joven viuda, y él su Padre y Fundador (2).

Estas visiones fueron acompañadas de tan vivas luces que cuando en Dijón se vieron por primera vez San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca, al instante se reconocieron uno á otro. Del mismo modo, en los desiertos de la Tebaida, los dos grandes Padres del yermo, San Pablo y San Antonio, se saludaron uno á otro por sus nombres, sin haberse visto jamás. Y en tiempos menos remotos, Santo Domingo y San Francisco de Asís se abrazaron tiernamente la primera vez que se encontraron, presintiendo admirablemente su común vocación.

No obstante, el dolor de la señora de Chantal crecía, lejos de calmarse; su salud se debilitaba, y sabiéndolo el Sr. de Fremiot, la escribió reprendiéndola vivamente por abandonarse así á su aflicción: la recordaba que debía conservarse para sus cuatro hijos pequeños; y por último, la mandaba que saliese de Bourbilly, y viniese

---

(1) Se enseña aún el lugar en que la señora de Chantal tuvo esta visión. Es en el camino que baja desde Bourbilly al molino del castillo, á casi igual distancia de uno y otro, á la falda de un bosquecillo que hoy se llama Bosque Tomás.

(2) Estas dos visiones con que fueron favorecidos San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca, fueron, en los dos procesos de canonización, objeto de la más seria y severa indagación. Acerca de este punto, en los dos procesos, se oyó á un número considerable de testigos auriculares, y sus unánimes declaraciones no permiten ni aun sombra de duda sobre estos dos acontecimientos.

al menos por algún tiempo á Dijón. Esperaba que el ruido de la ciudad y la compañía de sus parientes y amigos aliviaria un poco su intenso dolor. La señora de Chantal partió al instante, y llegó á Dijón á fines de Marzo de 1602. Encontró allí á varias de sus amigas de la niñez: á la señora de Bruslard, tan piadosa y ardiente; á la señora de Villers, una de esas almas que parece han nacido solamente para hacer amar la virtud; la señorita de Xaintonges, la valerosa fundadora de las Ursulinas de Dijón, y otras. En este círculo de amigas íntimas, al lado del Presidente Fremiot, su venerable padre, «que amaba tiernamente á su hija, y de quien era correspondido (1);» de su excelente tío el Sr. D. Claudio Fremiot; y con las señoras de Berbissey y des Barres, que la habían servido de madre, fué como concluyó lejos del mundo el primer año de su viudez. Los que han sufrido mucho saben cuán dulce es en esta media soledad en que no penetran más que algunas pocas personas que comprenden nuestros dolores, y en cuyas almas encuentran siempre eco nuestros gemidos.

No obstante, la señora de Chantal no confiaba todas sus penas, y así jamás hablaba de sus inquietudes de conciencia ni de sus deseos de tener un director. La imagen que había visto en su visión en el montecillo de Bourbilly, en lugar de disminuir su impaciencia la había aumentado. Aquellas palabras: «Este es el guía, amado de Dios y de los hombres, en cuyas manos descansará tu conciencia,» no se apartaban de su imaginación. Pero ¿dónde estaba? ¿En dónde se le encontraría? ¿En qué iglesia, en qué capilla estaría ese Santo? Porque tenía un aspecto tan angélico, que no dudaba era un Santo, y de los mayores Santos. Con estos pensamientos visitaba sin cesar todas las iglesias de Dijón, todas las capillas, todos los santuarios, muy numerosos

---

(1) Bussy-Rabutin, *Vida compendiada*, cap. II.